

# José Ortega y Gasset y las intelectuales modernas: Rosa Chacel y María Zambrano\*

Clara Solbes Borja

ORCID: 0000-0001-7119-8294

## Resumen

El artículo aborda la relación de José Ortega y Gasset con las mujeres intelectuales de su tiempo, partiendo de la contradicción que presenta su concepción de la mujer, basada en la complementariedad de los sexos, con respecto a la ayuda que profesó hacia algunas de sus coetáneas a la hora de insertarse en el campo intelectual del momento. En concreto, nos centramos en la relación que el filósofo mantuvo con Rosa Chacel y María Zambrano, dos casos que ilustran dos de las vías a través de las cuales Ortega se vinculó a las intelectuales.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, Rosa Chacel, María Zambrano, Edad de Plata, complementariedad de los sexos, mujer intelectual, intelectuales modernas, mujeres modernas, Historia del Género

## Abstract

This paper explores the relationship between José Ortega y Gasset and intellectual women of his time. It brings to light the contradiction resulting from his conception of intellectual women, based on the complementarity of sexes, and his willingness to help them to be part of the intellectual field at the time. Specifically, this paper focuses on the philosopher's relationship with Rosa Chacel and María Zambrano, two cases that illustrate two of the ways through which Ortega was linked to the intellectuals.

## Keywords

Ortega y Gasset, Rosa Chacel, María Zambrano, Silver Age, complementarity of the sexes, Intellectual woman, modern intellectuals, modern women, Gender History

## 1. Introducción

A poyándose en la teoría de la complementariedad de los sexos defendida por muchos de sus contemporáneos, José Ortega y Gasset concibió una mujer distinta al hombre. Han sido numerosos los estudios que han analizado la concepción orteguiana de la mujer, empezando por el ensayo inédito de 1981 “La mujer en el pensamiento filosófico de Don José Ortega y Gasset”, depositado en la Fundación Ortega y Gasset y firmado por Doldan, García y Suárez, y continuando por un extenso listado de reflexiones de la mano de autores y autoras como Antonio Sequeros, Alain Guy, Flora Guzmán, Julián Marías, María Paz Ezcurra Barrena, María Ángeles Durán o María

\* Este trabajo ha sido realizado gracias a un contrato de Formación del Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Ciencia, Innovación e Universidades (convocatoria de 2016).

### Cómo citar este artículo:

Solbes Borja, C. (2021). José Ortega y Gasset y las intelectuales modernas: Rosa Chacel y María Zambrano. *Revista de Estudios Orteguianos*, (42), 111-143.  
<https://doi.org/10.63487/reo.136>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 42. 2021  
mayo-octubre



Isabel Navas<sup>1</sup>. En este artículo, no obstante, nos proponemos indagar específicamente en lo que significaban para Ortega las mujeres intelectuales y en cómo se relacionó con algunas de sus coetáneas. En primer lugar, matizaremos qué opinaba de esas mujeres que se empezaban a integrar entre los intelectuales de la España del primer tercio del siglo XX. Para ello, se analizan los textos que dedicó al amor y a la mujer en general, extrayendo de ellos las especificidades que ilustran su posición con respecto a las intelectuales. En la segunda parte del artículo, abordaremos como caso de estudio la relación que mantuvo con Rosa Chacel y María Zambrano, dos mujeres que, compartiendo tiempo y espacio, consiguieron adentrarse en el campo cultural que regentaba Ortega. Sin duda, encajarían perfectamente en nuestros objetivos otras muchas mujeres como María de Maeztu, Victoria Ocampo<sup>2</sup> o Maruja Mallo, pero sería inabarcable analizar, en un estudio de esta índole, la relación de Ortega con cada una de las mujeres que, de un modo u otro, mantuvieron contacto personal o profesional con él. El criterio fundamental de selección ha sido la coincidencia temporal y espacial de ambas mujeres –coincidencias que no compartían las citadas de Maeztu y Ocampo, respectivamente–, así como la cantidad de obra escrita que dejaron en relación a Ortega y su concepción de la mujer –cantidad mucho menor en Mallo dada su condición de pintora. Además, ambas representan las dos vías a través de las cuales las intelectuales se vincularon a Ortega: María Zambrano fue su discípula directa en la universidad, mientras que Rosa Chacel fue una especie de “discípula profesional”.

## 2. Ortega y *Revista de Occidente* ante la mujer intelectual

El amor y la mujer son dos temas que Ortega aborda repetida y continuamente a lo largo de su trayectoria intelectual. Aunque originariamente los textos se encontraban, como la inmensa mayoría de su obra, dispersos en artículos, ensayos, conferencias, lecciones y emisiones radiofónicas, queda patente que

<sup>1</sup> Antonio SEQUEROS, *Teoría de la mujer en la obra de Ortega y Gasset*. Orihuela: Talleres Litográficos Zeron, 1983; Alain GUY, “La femme selon Ortega y Gasset”, en *La femme dans la pensée espagnole*. Paris: Éditions du CNRS, 1984, pp. 97-113; Flora GUZMÁN, “La mujer en la mirada de Ortega y Gasset”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 403-405 (1984), pp. 179-189; Julián MARÍAS, “La interpretación de la mujer en la obra de Ortega”, en *Acerca de Ortega*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991, pp. 255-270; María Paz EZCURRA, “Ortega y las mujeres”, *Eurédice*, 3 (1993), pp. 133-154; María Ángeles DURÁN, “Ortega como pretexto”, en *Mujeres y hombres en la formación de la Teoría Sociológica*. Madrid: CIS, 1996; María Isabel NAVAS, “Sobre equívocos, utopías y corzas: la hermenéutica en Ortega y Gasset”, *Ámbitos. Revista de estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, 25 (2011), pp. 57-72.

<sup>2</sup> Cuya relación con el filósofo es analizada en profundidad por Marta CAMPOMAR, “Victoria Ocampo en la cultura del amor de Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 3 (2001), pp. 209-290.

fue un tema que le preocupó, ya que reunió varios de los textos en el compendio *Estudios sobre el amor*<sup>3</sup>. No obstante, lo que nos proponemos no es tanto realizar un análisis exhaustivo de la concepción orteguiana del amor y la mujer –aunque será inevitable hacer referencia a ella–, sino centrarnos en su percepción de un tipo de mujer muy concreto que empezaba entonces a penetrar en lo que George Simmel llamó la “cultura masculina”<sup>4</sup>: la mujer intelectual.

Ortega concibe una mujer *en esencia* diferente al hombre, inferior a él intelectualmente aunque no por ello peor. De hecho, Ortega recalca repetidamente cuán deliciosas son las cualidades femeninas para el hombre y utiliza siempre –con la excepción, quizás, de cuando se dirige a Simone de Beauvoir<sup>5</sup>– un tono caballeroso, adulador incluso, el tono de aquél que quiso y no pudo ser un Don Juan. El concepto en torno al cual gira toda la teoría orteguiana es la complementariedad de los sexos: en la mujer predomina lo privado, lo íntimo, mientras que el hombre es un ser público; la mujer tiene una actitud pasiva frente a la activa del hombre; es más un género que un individuo, toda ella es alma, mientras que el hombre es todo espíritu. Estas son algunas de las características que Ortega atribuye a cada uno de los sexos, enfatizando continuamente la supeditación de la mujer al hombre. La mujer es unidad, vive y es por y para el hombre, mientras que éste es un ser dual, que no sólo vive preocupado por el amor, sino que necesita también prestar atención al trabajo y la esfera pública:

La mujer enamorada suele desesperarse porque parece no tener nunca delante en su integridad al hombre que ama. Siempre le encuentra un poco distraído, como si al acudir a la cita se hubiese dejado dispersas por el mundo provincias de su alma. Y, viceversa, al hombre sensible le ha avergonzado más de una vez sentirse incapaz del radicalismo en la entrega, de la totalidad de presencia que pone en el amor la mujer por esta razón, el hombre se sabe siempre torpe en amor e inepto para la perfección que la mujer logra dar a este sentimiento<sup>6</sup>.

Esta supeditación de la mujer al hombre es clara también en los objetivos que Ortega considera primordiales en el ser femenino, ya que “el oficio de la

<sup>3</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor, Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, tomo V, pp. 445-525. En adelante, se citarán las referencias a esta edición de las *Obras completas* de Ortega indicando el título de la obra, el tomo en números romanos y las páginas en arábigos.

<sup>4</sup> George SIMMEL, “Cultura femenina”, *Revista de Occidente*, VII, 20 (febrero 1925), pp. 272-300; VIII, 23 (mayo 1925), pp. 170-199.

<sup>5</sup> “Más sobre los otros y yo. Breve excursión hacia ella”, X, 213-228.

<sup>6</sup> *Estudios sobre el amor*, ob. cit., V, 445-525.

mujer cuando no es sino mujer, es ser el concreto ideal del varón”<sup>7</sup>, afirma en el epílogo al libro de Victoria Ocampo *De Francesca a Beatrice*. Aunque reconoce que la mujer puede atender otras ocupaciones, como ser “investigadora, profesora, diputada, registradora de la propiedad, lo que se quiera”<sup>8</sup>, afirma rotundamente que todas estas ocupaciones son minucias al lado de su verdadera aportación o, como él la denomina, su “influencia en la historia”, que es la que tiene estrictamente como mujer, es decir, la influencia que tiene sobre el hombre –su marido y sus hijos–, ya que es de él de quien depende realmente el futuro y el devenir de la Historia. El objetivo de la mujer es, por lo tanto, “conseguir la perfección del hombre”<sup>9</sup>. Cualquier otra cosa que se proponga no hará más que entorpecer el camino hacia el verdadero motivo por el cual existe.

Aunque Ortega nunca habla explícitamente de la mujer intelectual en general, sí que acuña la creatividad y la lógica como características intrínsecamente masculinas, relegando a la mujer al plano de la irracionalidad. Si en “Paisaje con corza al fondo”<sup>10</sup> deja en suspense la solución al gran interrogante que plantea –“¿Por qué se enamoró el gran capitán Nelson de Emma Hamilton, una mujer irracional que no posee, aparentemente, ninguna cualidad positiva?”–, en el artículo que fue su continuación, “La solución de Olmedo”, Ortega pone en boca del tal Olmedo la respuesta al problema:

La mujer ofrece al hombre la mágica ocasión de tratar a otro ser *sin razones*, de influir en él, de dominarlo, de entregarse a él, sin que ninguna razón intervenga. Créalo usted: si los pájaros tuviesen el mínimo de personalidad necesario para poder respondernos, nos enamoráramos de los pájaros y no de la mujer. Y, viceversa, si el varón normal no se enamora de otro varón es porque ve el alma de éste hecha toda de racionalidad, de lógica, de matemática, de poesía, de industria, de economía<sup>11</sup>.

Asimismo, en su ensayo inaugural sobre la mujer, “La poesía de Ana de Noailles”, Ortega habla explícitamente de “genio vegetativo” y de “lirismo vegetal” para criticar a la poetisa por centrarse excesivamente en el amor, ese amor que en otros textos nos presenta como única preocupación del alma femenina. A pesar de ello, Ortega termina por reconocer que “la poesía de Ana de Noailles es espléndida”, y esto lo lleva a reflexionar sobre “¿hasta qué punto puede alojarse en la mujer la genialidad lírica?”<sup>12</sup>, llegando a la conclusión de que, de-

<sup>7</sup> “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*”, II, 729.

<sup>8</sup> *Ibidem*, 728.

<sup>9</sup> *Ibidem*, 736.

<sup>10</sup> “Paisaje con una corza al fondo”, VI, 200-207.

<sup>11</sup> “La solución de Olmedo”, VI, 206.

<sup>12</sup> “La poesía de Ana de Noailles”, V, 150.

bido al alma cotidiana de la mujer, al predominio de lo privado en su alma, la lírica que producirá será trivial, ya que “el lirismo supone lanzar al universo [a lo público] lo íntimo de nuestra persona”<sup>13</sup>. Precisamente por este carácter íntimo y privado de la mujer, el género literario femenino por excelencia será el epistolar, “la única forma privada de literatura”<sup>14</sup>.

Llegados a este punto, nos vamos aproximando a lo que Ortega pensaba sobre la mujer intelectual, un tipo de mujer que, como hemos podido comprobar, no entraría dentro del modelo ideal de Ortega, y que podría estar incluido en alguno de esos casos fuera de la normalidad en que “el ser femenino sufre desviaciones e interferencias”<sup>15</sup>. Con el comentario a la poesía de Ana de Noailles deja claro que la mujer no está *esencialmente* preparada para ser escritora más allá de las cartas privadas, pero ésta no es la única ocasión en la que Ortega alude a un tipo de mujer intelectual. En la segunda parte de sus *Estudios sobre el amor*; “La elección del amor”, clasifica a las mujeres “excepcionales” –excepcionales en el mal sentido de la palabra, ya que se alejan del objetivo primordial de la mujer– que se enamoran del físico del hombre. La clasificación de Ortega organiza a esta de mujer “desviada” que se siente atraída físicamente por el hombre en cuatro tipos<sup>16</sup>:

- 1) Las mujeres de alma un poco masculina.
- 2) Las prostitutas, que han practicado sin limitaciones la vida sexual.
- 3) Las mujeres normales que tienen tras de sí una vida sexual plenamente ejercitada.
- 4) Las que por su condición psicofisiológica vienen al mundo dotadas de “gran temperamento”.

De estos cuatro tipos nos interesa especialmente el primero, las “mujeres de alma masculina”. ¿A qué mujeres se refiere Ortega? La frase que sigue inmediatamente en el texto nos da a entender que con ello se está refiriendo, de algún modo, a la mujer intelectual, ya que, afirma, “en la mujer, cuando no es masculina, la imaginación suele ser paupérrima”<sup>17</sup>. Si la mujer por lo general carece de imaginación, no cabe duda de que la única que puede contar con cierta astucia y creatividad puede ser la mujer masculina.

En el “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*”, Ortega deja claro a su amiga Victoria Ocampo que el hombre *hace*, pero la mujer se limita a *ser y estar*; y lo que precisamente atrae al varón de la mujer es su ser, no sus actos. Ortega parece convencido de que la mujer normal es feliz siendo y estando, por lo que

<sup>13</sup> *Idem*.

<sup>14</sup> “La poesía de Ana de Noailles”, V, 151.

<sup>15</sup> “Esquema de Salomé”, II, 360.

<sup>16</sup> *Estudios sobre el amor*, ob. cit., 514

<sup>17</sup> *Idem*.

las mujeres que se preocupan por *hacer*; al modo varonil, serán mujeres masculinas que quedan lejos del ideal:

Las excelencias varoniles –el talento científico o artístico, la destreza política y financiera, la heroicidad moral– son, en cierta manera, extrínsecas a la persona y, por decirlo así, instrumentales [...] La excelencia varonil radica, pues, en un *hacer*; la de la mujer en un *ser* y en un *estar*; el hombre vale por lo que hace; la mujer, por lo que es<sup>18</sup>.

Sin embargo, en España cada vez eran más –sin dejar de ser minoritarias y eminentemente urbanas– las mujeres que *hacían*. El nuevo siglo trajo consigo un mayor número de mujeres que dejaron de leer, escribir, pintar, esculpir y un largo etcétera de forma exclusivamente privada para irrumpir en la esfera pública. Intentaron, en la medida que les fue posible, penetrar en el campo intelectual del momento, quisieron *hacer* y dejar de limitarse a *ser*. Esta irrupción de la mujer en la esfera pública no podía agradar a Ortega de ningún modo: “este es el peligro mayor que hoy amenaza la feminidad: volatizarse en lo público, diluirse en el aire libre de la sociedad...”<sup>19</sup>. Desde luego, no le faltaban motivos para sentir esa desazón ante la “volatilización de la mujer en lo público”, ya que no sólo irrumpieron en universidades y academias, sino también en espacios de sociabilidad que para Ortega eran exclusivos de la élite intelectual, una élite evidentemente masculina. Estos espacios públicos fueron algunos de los más insignes del Madrid del primer tercio del siglo XX, como el Ateneo, la Sociedad de Cursos y Conferencias o el Cineclub Español de la Residencia de Estudiantes, fundado por Buñuel en 1928. También crearon espacios exclusivamente femeninos en los que sentirse libres del menosprecio al que se veían sometidas continuamente por sus colegas varones. Lugares como el Lyceum Club Femenino, inspirado en los *lyceum* que se venían creando en las principales capitales occidentales desde principios de siglo, o la Residencia de Señoritas fueron esenciales para el progreso de las intelectuales en aquel Madrid que tantas trabas les ponía para poder *hacer* a su antojo<sup>20</sup>.

Cabe tener en cuenta, no obstante, que la concepción orteguiana de la mujer intelectual no es fruto de un solo hombre sino también, empleando el término del propio Ortega, de su circunstancia, por lo que resulta necesario integrarla en el contexto intelectual del momento y la polémica en torno al “problema feminista” que se generó en *Revista de Occidente*, en la que aparecien-

<sup>18</sup> “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*”, ob. cit., 139.

<sup>19</sup> “El sexo de nuestro tiempo”, VIII, 80.

<sup>20</sup> Véase Shirley MANGINI, *Las Modernas de Madrid: las grandes intelectuales de la vanguardia española*. Barcelona: Península, 2001.

ron numerosas voces que reaccionaron ante aquellas “emancipadoras” que abogaban por una independencia que a veces no incluía ni marido ni hijos<sup>21</sup>. La conciencia sobre el papel de la mujer no cristalizó en España hasta la llegada de la II República con el debate acerca del sufragio femenino, pero durante las dos primeras décadas del siglo XX la prensa ya se hacía eco de las corrientes feministas que empezaban a impregnar Europa y Estados Unidos. La respuesta española a esas corrientes, no obstante, fue más bien negativa, tanto por parte de los hombres como de la mayoría de las mujeres, que vieron peligrar la estabilidad de la familia<sup>22</sup>. Los intelectuales del momento, de hecho, no dudaron en catalogarlo como “problema feminista”. Ortega, en concreto, no se manifestó acerca del feminismo en numerosas ocasiones, pero sí que se acercó a él repetidamente de manera implícita y, sobre todo a una edad avanzada, le dedicó algunas palabras a las feministas en general y a Simone de Beauvoir en particular en la conferencia radiofónica titulada “Más sobre los otros y yo. Breve excursión hacia ella”<sup>23</sup>. Uno de los fragmentos orteguianos más explícitos respecto al debate en torno al sufragio femenino pertenece al “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*”:

Es increíble que haya mentes lo bastante ciegas para admitir que pueda la mujer influir en la historia mediante el voto electoral y el grado de doctor universitario tanto como influye por esta su mágica potencia de ilusión. No existiendo dentro de la condición humana resorte biológico tan certero y eficaz como esa facultad de atraer que la mujer posee sobre el hombre, ha hecho de él la naturaleza el más poderoso artificio de selección y una fuerza sublime para modificar y perfeccionar la especie<sup>24</sup>.

Junto con Ortega fueron muchos los que se pronunciaron en contra de la emancipación de la mujer, entre ellos los que Mangini denomina “los informados”<sup>25</sup>, intelectuales que desde diferentes campos dieron argumentos que apostaban tajantemente por la permanencia de la sociedad patriarcal<sup>26</sup>. El debate estuvo presente en *Revista de Occidente* y, entre los teóricos que participaron, en-

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>23</sup> “Más sobre los otros y yo. Breve excursión hacia ella”, ob. cit., 213-228.

<sup>24</sup> “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*”, ob. cit., 131.

<sup>25</sup> Shirley MANGINI, ob. cit., p. 99.

<sup>26</sup> Para profundizar en la polémica antifeminista de la España del momento se pueden consultar tres obras que la abordan desde diferentes perspectivas: Anna CABALLÉ (ed.), *Breve historia de la misoginia*. Barcelona: Lumen, 2006; Geraldine SCANLON, *La polémica feminista en España (1868-1974)*. Madrid: Siglo XXI de España, 1976; Shirley MANGINI, ob. cit.; y Ángeles DURÁN, “La difícil relación con los padres fundadores”, en *Si Aristóteles levantara la cabeza*. Madrid: Cátedra, 2000, pp. 291-324.

contramos nombres influyentes de la Alemania del momento como el sociólogo Georg Simmel, Carl Gustav Jung o el psiquiatra Ernst Kretschmer, pero también algunas de las voces que contribuyeron a la polémica antifeminista en España, como el doctor Gregorio Marañón, el médico o el científico Gustavo Pittaluga. Bebiendo de filósofos decimonónicos como Shopenhauer, Nietzsche, Kierkegard o Weininger, cada uno de los colaboradores de la revista elaboró su propia reflexión en torno a la mujer, pero, en general, todos ellos compartían la base metafísica del pensamiento orteguiano: la complementariedad de los sexos. Se oponía lo masculino a lo femenino como fundamento esencial que determinaba el ser mismo de cada uno de los sexos y, consecuentemente, su rol en la sociedad<sup>27</sup>.

### 3. Ortega y las intelectuales modernas: Rosa Chacel y María Zambrano

A continuación, abordaremos la relación que Ortega mantuvo con dos de las mujeres intelectuales con las que tuvo un trato más próximo: Rosa Chacel y María Zambrano. El apoyo que Ortega profesó a estas dos intelectuales no deja de sorprender si se compara con la concepción misógina que el filósofo tenía de la mujer. Para explorar estas dos relaciones hemos elegido el punto de vista de Chacel y Zambrano, en lugar del de Ortega, ya que las fuentes son mucho más abundantes. Las dos discípulas escribieron una importante cantidad de textos en los que narran sus experiencias con Ortega. Éste, sin embargo, no escribió demasiado sobre ellas<sup>28</sup>. De Rosa Chacel hemos seleccionado algunos artículos como “Cómo y por qué de la novela”, “Ortega a otra distancia”, “Poesía de la circunstancia” y “Revisión de un largo camino”<sup>29</sup>. Otro artículo vital ha sido “Ortega”, publicado en *Revista de Occidente* en 1983, en el cual la autora analiza momento por momento su relación con Ortega, así como la entrevista que Shirley Mangini publicó en *Ínsula* en 1987. También ha sido fundamental su obra de ficción, ya que en ella podemos ver a menudo reflejada la figura de Ortega de forma metafórica o podemos entender cómo se configuró la personalidad de Chacel<sup>30</sup>. En el caso de María Zambrano, ha sido funda-

<sup>27</sup> Sobre la presencia de la mujer en *Revista de Occidente* véase Magdalena MORA, “La mujer y las mujeres en la *Revista de Occidente*”, *Revista de Occidente*, 74-75 (1987), pp. 191-209.

<sup>28</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, en María Zambrano, *Escritos sobre Ortega*. Madrid: Trotta, 2011, p. 49.

<sup>29</sup> Todos ellos reunidos en el compendio de textos de Chacel editado por Ana RODRÍGUEZ-FISCHER, *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar, 1989.

<sup>30</sup> Las obras que hemos considerado relevantes son *Estación. Ida y vuelta* (1930), *Teresa* (1941), *Memorias de Leticia Valle* (1945), *Saturnal* (1972) y *Desde el amanecer* (1972), la autobiografía de sus primeros diez años.

mental el conjunto de textos y cartas *Escritos sobre Ortega*, en los cuales se dirige a Ortega o habla sobre él. En la introducción al compendio, Ricardo Tejada apunta que “en los textos Zambrano no hablaba en rigor de Ortega o sobre Ortega, sino siempre con o desde Ortega”<sup>31</sup>. Aparte de todos estos textos y cartas, hemos considerado relevantes también, para analizar la relación de María Zambrano con su maestro, las cartas enviadas a Rosa Chacel<sup>32</sup>. Asimismo, hemos tenido en cuenta los artículos “A modo de autobiografía”, publicado en *Anthropos* en 1981 y “La razón que se busca”, en *Revista de Occidente* el año 2004. Por último, *Delirio y destino: los veinte años de una española* (1989), la autobiografía de María Zambrano antes del exilio, ha sido determinante para conocer los años universitarios y post-universitarios de la autora, así como la relación que esta mantuvo con Ortega durante ese periodo de tiempo.

### 5.1. El “Maestro”

El punto de partida para comprender la relación que Ortega mantuvo con sus dos discípulas es analizar su condición de maestro y cómo ambas autoras valoraron su capacidad como instructor. El magisterio de Ortega ha sido alabado en numerosas ocasiones, la mayoría de ellas por sus propios discípulos, tanto los que fueron sus alumnos en la universidad como los que siguieron sus enseñanzas sin acudir a sus clases. Xavier Zubiri, José Gaos, Luis Recasens Siches, Manuel Carbonell, Manuel Granell, María Zambrano o Julián Marías son algunos de sus discípulos directos más destacados, pero si vamos más allá del concepto de “maestro” como mero profesor, entendiéndolo como guía intelectual o profesional, la lista de nombres que podríamos considerar discípulos de Ortega aumenta considerablemente. Rodríguez Huéscar enumera las diversas “dimensiones” que, desde su punto de vista, hacen de Ortega el maestro de toda su generación<sup>33</sup>:

- 1) La de sus “dotes innatas”, la especie de “emanación de autoridad” que le impuso ya como maestro desde su primera juventud.
- 2) La de su influencia literaria: maestro de la lengua y, por ende, de varias generaciones de escritores.
- 3) La de su vasta acción “socrática” –mayéutica– a través del periodismo – que, además, le convierte en maestro de periodistas.
- 4) La ejercida mediante sus otras importantísimas “empresas” publicitarias y editoriales.

<sup>31</sup> Ricardo TEJADA, ob. cit., p. 53.

<sup>32</sup> Editadas por Ana RODRÍGUEZ-FISCHER, *Cartas a Rosa Chacel*. Madrid: Cátedra, 1992.

<sup>33</sup> Antonio RODRÍGUEZ HUÉSCAR, “El Maestro”, en *Semblanza de Ortega*. Barcelona: Anthropos; Ciudad Real: Diputación de Ciudad Real-Área de Cultura, 1994, pp. 62-63.

5) La de su palabra hablada, en el ámbito reducido, flexible y plástico del diálogo o la conversación.

6) La de su palabra también hablada o, mejor dicho, “pronunciada”, en sus diversas actuaciones oratorias ante grandes públicos –en este aspecto, fue uno de los últimos grandes “retóricos” de Occidente (siempre dentro de la que Platón, y el propio Ortega, llamaron “buena retórica”, es decir, aquella cuyo motor y fin esencial es la verdad).

7) La de su llamada “actividad política” (que siempre fue, más que estrictamente tal, “educativa”, en el sentido de lo que muy tempranamente llamó Ortega –con términos de Natorp, pero inyectándoles un significado propio– la “pedagogía social”).

8) La dimensión propiamente “docente” o académica, como profesor universitario.

9) La que pudiéramos llamar “envolvente” o “motriz”, porque, en efecto, engloba, implica y dinamiza a todas las demás: la del *maestro de filosofía*, la del gran filósofo creador.

Todas estas dimensiones dan cuenta de la amplia influencia que Ortega tuvo en los jóvenes de varias generaciones que no necesariamente acudieron a sus lecciones universitarias –aunque también los hubo– sino que bebieron de su influjo y lo preservaron en el tiempo.

En el caso de Rosa Chacel, cabría destacar las dimensiones 2 y 4 mencionadas por Rodríguez Huéscar: la de su influencia literaria y la ejercida mediante sus otras importantísimas “empresas” publicitarias y editoriales. Como veremos, fue Ortega quien despertó en Chacel el interés por la “literatura deshumanizada” y quien publicó, aunque no tanto como a Chacel le habría gustado, parte de su obra a través de varias empresas editoriales, como son *Revista de Occidente* o la colección concebida por Ortega “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX”. A pesar de todo, Chacel, insegura e incómoda como se sintió siempre entre el grupo de “elegidos” de Ortega, nunca terminó de considerarse discípula suya a la altura de otros como su amiga Zambrano. Así lo deja entrever en el artículo “Ortega a otra distancia”:

aunque me atrevo a contarme entre los discípulos de Ortega, sé que esto no llega a darme facultades para hablar de su filosofía: sus grandes discípulos lo hacen insuperablemente<sup>34</sup>.

Se considerara o no discípula de Ortega con todas las letras, Chacel no duda en ensalzar su magisterio y en enorgullecerse de ser una de las que confor-

<sup>34</sup> Publicado en el diario bonaerense *La Nación* en 1956 y recogido posteriormente en el compendio de Ana RODRÍGUEZ-FISCHER, *La lectura es secreto*, ob. cit., p. 147.

maron su séquito en *Revista de Occidente*. En el mismo artículo que acabamos de citar, Chacel afirma que fue el “maestro en grado máximo”<sup>35</sup> y lo compara con Unamuno y Valle-Inclán, destacando una calidad de su magisterio que, a su parecer, es la que lo hace superar al resto de mentores con los que contaron los intelectuales españoles de generaciones anteriores:

Ser discípulo de Unamuno significaba unamunizar, ser discípulo de Valle-Inclán ser valleinclanesco; ser discípulo de Ortega significa ser uno mismo. El que imite a Ortega no es discípulo de Ortega (ya lo ha dicho Julián Marías); sólo lo es que el que sepa ser él mismo y su circunstancia<sup>36</sup>.

Y aclara unas páginas más adelante esta concepción del magisterio, de ese magisterio orteguiano que a todos sus discípulos pareció ejemplar: “Los maestros no siguen al maestro: el maestro sigue *en* los discípulos”<sup>37</sup>.

Un último fragmento en el que Chacel expresa de manera esclarecedora la admiración hacia Ortega como maestro lo encontramos en el artículo “Ortega” publicado en la cuarta época de *Revista de Occidente* en 1983, con motivo de un número en honor al fundador de la revista: “La asistencia humana de sus consejos tan cómodamente confiada, no disminuía el temor al rigor de su juicio. A esta perfecta armonía entre benignidad y rigor es a lo que yo llamo autoridad y, en consecuencia, magisterio”<sup>38</sup>.

María Zambrano, por otro lado, fue su discípula en prácticamente todas las dimensiones que establece Rodríguez Huéscar. Ortega también le publicó en *Revista de Occidente* algunas obras, como su primer ensayo filosófico *Hacia un saber sobre el alma*, pero además fue su maestro en la Universidad y continuó siéndolo una vez finalizados los estudios, convirtiéndose en una especie de padre intelectual. De hecho, María Zambrano siempre se refirió a él como “don José” o “el maestro”, como prueban, por ejemplo, las cartas que envió a Chacel. Además, escribió un número considerable de ensayos, artículos y textos privados en los que no solo hablaba de la filosofía de su maestro, sino que alababa y ensalzaba las cualidades del “magisterio de Ortega” y se declaraba deudora de su pensamiento y de su persona. En prácticamente todos los textos Zambrano subraya la altura de dicho magisterio, pero hace especial hincapié en tres artículos: “Ortega y Gasset, universitario” (1936), “Ortega y Gasset, filósofo español” (1949) y “Don José” (1955).

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 149.

<sup>36</sup> *Idem*.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 151.

<sup>38</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, *Revista de Occidente*, 24-25 (1983), p. 84.

Zambrano enumera varias de las cualidades innatas de Ortega para la enseñanza, como “saber escuchar” o la “claridad”, pero si hay un punto en el que confluyen todas esas cualidades es que Ortega fue más allá del mundo universitario para convertirse en una especie de guía personal:

De dos maneras podríamos hablar de Ortega y Gasset quienes hemos sido sus discípulos en la Universidad: o bien intentando un concepto de lo que deben ser la Universidad y el maestro universitario en España, y confrontando luego su esquema ideal con la realidad de lo que es Ortega en esta Universidad viviente, o bien [proponiendo] esta [tentativa perso]nal de decir con la mayor autenticidad posible qué es lo que han significado en nuestra vida universitaria los años, los días dedicados a escuchar al maestro [...] damos por sabido que la enseñanza universitaria de don José Ortega y Gasset ha trascendido para nosotros de lo que se cree es la Universidad<sup>39</sup>.

Y por si quedaba alguna duda, en “Ortega y Gasset, filósofo español” es aún más esclarecedora si cabe:

El pensamiento de un maestro, aunque sea de filosofía, es un aspecto casi imposible de separar de su presencia viviente. Porque el “Maestro”, antes que alguien que enseña algo, es un alguien en el cual nos hemos sentido vivir en esa específica relación que no proviene tan solo del valor intelectual. La acción del maestro trasciende el pensamiento y lo envuelve, sus silencios valen a veces tanto como sus palabras y lo que insinúa puede ser más eficaz que lo que expone a las claras. Si hemos sido, en verdad sus discípulos, quiere decir que ha logrado de nosotros algo al parecer contradictorio; que por habernos atraído hacia él hemos llegado a ser nosotros mismos<sup>40</sup>.

En el mismo artículo comenta además que siempre se sintió valorada por Ortega y que muchas veces conseguía ver cualidades en ella que ni ella misma era capaz de percibir: “los maestros de verdad son así, sí, le ven a uno mejor que uno mismo, le entienden porque le piensan mejor de lo que es”<sup>41</sup>.

### 5.2. La “orteguización” de Rosa Chacel

Rosa Chacel (1898-1994) nació en Valladolid en el seno de una familia liberal, donde siempre le dejaron claro que la profesionalización era un deber del

<sup>39</sup> María ZAMBRANO, “Ortega y Gasset, universitario”, *Escritos sobre Ortega* (edición, introducción y notas de Ricardo Tejada). Madrid: Trotta, 2011, pp. 71-72.

<sup>40</sup> María ZAMBRANO, “Ortega y Gasset, filósofo español”, *Escritos sobre Ortega* (edición, introducción y notas de Ricardo Tejada). Madrid: Trotta, 2011, p. 87.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 101.

género femenino, que bajo ningún concepto debía depender de su marido. En *Desde el amanecer*, la autobiografía de sus primeros diez años, hace patente continuamente el peso que las figuras femeninas de su familia tuvieron en ella a nivel intelectual, especialmente su abuela materna, que había recibido “la educación de las familias criollas cultas: profesores de canto, de baile, de idiomas”, aunque, como reconoce Chacel unas líneas más abajo, “eran aves raras entre las muchachas de clase media en Valladolid”<sup>42</sup>. La insistencia por parte de la abuela en que “la *mujer* no tenía que buscar como medio de vida el matrimonio”<sup>43</sup>, de hecho, es constante a lo largo de toda la obra: “Se intensificaron los discursos de mi abuela sobre la necesidad de independencia económica de la *mujer*; sobre lo conveniente que es ejercer una profesión que tenga porvenir, que dé seguridad en la vida”<sup>44</sup>.

Si a estas circunstancias sumamos el fuerte carácter de la autora, el resultado no puede ser otro que una niña convencida de sus posibilidades en el mundo que tenía ante ella; una niña que nunca se entendió con la gente de su edad, y mucho menos con las demás niñas: “siempre que me había acercado a las chicas las había encontrado lejanas, pequeñas, inferiores”<sup>45</sup>.

En 1908, con tan sólo 10 años, se trasladó con su familia a Madrid, por lo que alcanzó la adolescencia y la madurez intelectual ya en la capital española. En su breve y decepcionante paso por la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, conoció al que sería su esposo, el pintor Timoteo Pérez Rubio. Con él se fue a Roma, donde había conseguido una beca de pintura en la Academia de España, y sería precisamente allí donde comenzaría su “orteguización”, momento que la autora considera fundamental en su trayectoria profesional:

Si parto del 22 son 60 años que puedo revistar en un abrir y cerrar de ojos. Elijo esta fecha crucial en mi vida, porque, en efecto, en ella ingresó en mi mente la idea o noticia de la existencia de Ortega. [...] Para aquellos, entre los de mi tiempo, que iban a entrar en la disciplina del estudio, la aparición de Ortega era la posibilidad<sup>46</sup>.

Chacel no conocía personalmente a aquel profesor de universidad del que tanto se hablaba, pero se fue con la convicción de que conocer su obra era fundamental para integrarse en el mundo intelectual del momento: “Yo salí de Es-

<sup>42</sup> Rosa CHACEL, *Desde el amanecer*, Madrid: Debate, 1972, p. 225.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 26. Chacel utiliza la cursiva para referirse a la mujer de un modo genérico, probablemente para mostrar su incomodidad ante la generalización de la mujer como género o como sexo. La autora preferiría hablar de *mujeres* y no de una única *mujer*.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 263.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 225.

<sup>46</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 77.

paña llevándome el propósito de conocer la obra de Ortega. Llevándome los libros en boga y, repito, una idea formada de quién era Ortega, de lo que significaba para nosotros, de lo que se esperaba de él<sup>47</sup>.

La Academia de España, a sabiendas de las secuelas que todavía quedaban en la capital italiana de la que había sido la Gran Guerra, abastecía a sus pensionados con todos los libros y materiales de estudio que necesitaran. Y Rosa Chacel no dudó en aprovechar aquella magnífica oportunidad para conocer las novedades literarias que iban impregnando Europa: pedía a su esposo libros y ejemplares de las publicaciones de *El Sol* y *Revista de Occidente*. Además, la tranquilidad que, según cuenta Chacel, le profesaba el jardín y el estudio de su esposo en la Academia la ayudó a concentrarse en España de un modo “que tal vez no habría sido tan intenso en la vida frívola de Madrid”<sup>48</sup>. Así, se fue empapando de las teorías orteguianas y de las nuevas corrientes literarias: leyó a Joyce, a Proust y a Virginia Woolf, entre otros. De Ortega y Gasset leería fundamentalmente las *Meditaciones del Quijote*, *Ideas sobre la novela* y *Pedagogía del paisaje*, de la que se imbuiría de la filosofía circunstancial del maestro.

Todo ello cristalizó en la que fue su primera novela, *Estación. Ida y Vuelta*, una obra “en la que el drama, el asunto, el argumento era la filosofía de Ortega”<sup>49</sup>. Tal y como apunta Kirkpatrick<sup>50</sup>, Chacel integró en su texto algunas de las ideas expuestas por Ortega en *Ideas sobre la novela*, como son el rechazo de los procedimientos narrativos realistas y el imperativo de representar la relación entre conciencia y realidad, pero bebió también de preceptos del modernismo europeo que dieron a la obra su verdadero carácter innovador, aunque, como veremos, éste no fue comprendido.

Rosa Chacel había quedado “plenamente satisfecha” con su obra por “haber intentado algo rotundamente oportuno, me atrevo a decir necesario”<sup>51</sup>, por lo que a su vuelta a España en 1927 envió el libro a Ortega. Al leer la obra, éste le escribió “dos letras”<sup>52</sup> diciéndole que publicaría el primer capítulo en *Revista de Occidente* y que se considerara colaboradora de la revista. La alegría de Chacel al leer aquellas líneas no pudo ser mayor, de modo que se dispuso a enfrentarse personalmente a “el maestro”. Aunque, según Chacel, “desde el primer momento se estableció una comunicación perfecta, un sentimiento de afinidad que salvaba las distancias”<sup>53</sup>, Ortega no pareció comprender real-

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>48</sup> *Idem*.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>50</sup> Susan KIRKPATRICK, “Rosa Chacel: Las vanguardias y la crítica de la identidad de género”, en *Mujer, modernismo y vanguardia*. Madrid: Cátedra, 2003, p. 288.

<sup>51</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 79.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 80.

<sup>53</sup> *Idem*.

mente lo que la escritora había querido mostrar con su obra. Le llegó a decir que veía en su literatura influencia de Giraudoux, y esto enfureció a Chacel: “mi indignación fue casi colérica”<sup>54</sup>. Según Mangini<sup>55</sup>, Chacel fue siempre muy polémica, no solo con Ortega, quizá por su sinceridad, y la furia de ese primer encuentro permaneció siempre en la memoria de Ortega: “Su juicio siempre supe que no obedecía a otro sentimiento porque su simpatía por mí era también muy objetiva. Ortega no olvidó nunca mi reacción de furor en nuestra primera entrevista”<sup>56</sup>.

A pesar del “desencuentro” entre Ortega y Chacel, el maestro supo ver el talento de la escritora y le abrió las puertas de la tertulia de *Revista de Occidente*, además de hacerla colaboradora de la revista. Junto con María Zambrano y Maruja Mallo, Rosa Chacel se convertía así en una de las pocas mujeres que habían conseguido integrarse en la “élite intelectual” de Ortega. Sin embargo, según Kirkpatrick<sup>57</sup>, Chacel nunca se sintió cómoda en las tertulias de la revista, no por Ortega, sino por el resto de su “séquito”, a quien no parecía agradarle la presencia de una mujer en sus debates en torno a los últimos acontecimientos europeos y españoles. Pero no sólo el hecho de ser mujer fue la causa de su incomodidad entre los intelectuales que frecuentaban la revista, sino también el hecho de haber sido rechazada su novela para formar parte de la colección “Nova Novorum”, impulsada por Ortega para dar a conocer a jóvenes talentos<sup>58</sup>:

Yo empecé a frecuentar la *Revista de Occidente*... Raras veces, no fui nunca de los *habitués*: me presentaba allí con cierta incomodidad por mil razones de peso. Mi aparición en Madrid después de un gran silencio, era arriesgada, ya que sólo había colaborado en la revista *Ultra* –en el 21– y al llegar no ingresaba en el grupo de los prosistas lanzados por la colección Nova Novorum, exquisita y brillante cría de la *Revista de Occidente*. Mi incomodidad tenía esa causa hartamente justificada<sup>59</sup>.

Otra de las razones de su incomodidad eran sus complejos físicos. Chacel no era esbelta y elegante, como era de esperar en una mujer que salía de las puertas del hogar. La difícil situación económica de su familia, la poca estatura y el sobrepeso hicieron de Chacel una mujer con pocas habilidades sociales:

<sup>54</sup> *Idem*.

<sup>55</sup> Shirley MANGINI, ob. cit., p. 159.

<sup>56</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 82.

<sup>57</sup> Susan KIRKPATRICK, ob. cit., p. 267.

<sup>58</sup> Para profundizar al respecto, véase Azucena LÓPEZ COBO, *Estética y prosa del arte nuevo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2016, pp. 198-130.

<sup>59</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 81.

Mis dificultades ante el mundo no han sido nunca literarias. Han sido, en realidad, dificultades sociales: la dificultad por no haber tenido nunca una peseta. Si buscamos algo que pueda llamar culpa, tengo que reconocer que es toda mía: una especie de torpeza que puede parecer vanidad y que ¡tal vez lo sea! pero que yo viví como consustancial estética. Eso es todo; no supe desenvolverme como mujer sin una peseta, cosa que tanto he visto realizar gloriosamente a mujeres llenas de espíritu, de arte y de todo lo que quieras... Es cosa sabida, eso es lo que está bien, pues yo no. Yo no supe hacer lo que está bien más que dentro de mi cabeza; ante el mundo era una paletita castellana. Para remate, a esa edad ya empecé a ser gordita –siempre fui pequeña–, nunca pude alcanzar la elegancia de la sencillez. Eso ha sido uno de los grandes tormentos de mi vida<sup>60</sup>.

Además, Chacel no era universitaria, por lo que el sentimiento de inferioridad en aquel mundo de hombres intelectuales debía de ser aún mayor. En este sentido, los comentarios de Chacel sobre su incomodidad son reveladores “acerca del modo como las cuestiones de identidad de género y clase afectaron a la ambigua posición de Chacel en la vanguardia española, al mismo tiempo parte de ella y excluida de ella”<sup>61</sup>.

A pesar de las adversidades con que se topó Chacel al volver de Roma, no hay que olvidar que, al fin y al cabo, formaba parte del selecto grupo de Ortega en *Revista de Occidente* y además colaboraba frecuentemente en *La Gaceta Literaria*, la revista literaria vanguardista publicada entre 1927 y 1932. Así pues, aunque su posición fue relativamente marginal en estas empresas, Ortega le brindó la oportunidad de penetrar en el mundo intelectual del momento.

Durante esos años Chacel fue “conociendo a Ortega”<sup>62</sup>. Como ella misma relata, el primer y desafortunado encuentro entre ambos no impidió que el maestro la iluminara y que éste quedara impresionado por el talento –y el carácter– de la joven:

recalco que bajo mi espaciada frecuentación de la Revista hubo unos días más positivos que otros, pero siempre, invariable, permaneció la relación establecida en el primer encuentro, hecha, por mi parte, de acatamiento –eludo el término admiración, que implica juicio– adhesión por claridad o firmeza en la carta de navegar, por confianza en él sobre piélago. Creo saber muy bien lo que yo representaba para Ortega, su trato, que forzosamente significaba juicio, era digno de mi gratitud. Mi posición en la Revista era más sobresaliente

<sup>60</sup> Shirley MANGINI, “Entrevista a Rosa Chacel”, *Ínsula*, 492 (1987), p. 10.

<sup>61</sup> Susan KIRKPATRICK, ob. cit., p. 268.

<sup>62</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 81.

en las páginas que en la tertulia, patentización de mi lugar en la opinión de Ortega<sup>65</sup>.

Por otro lado, Chacel siempre echó en falta los consejos de su maestro, quien “governaba mi conducta sin palabras, sin consejos...”<sup>64</sup>, pero siempre supe comprender que todo lo que él tenía que decirle estaba condensado en una frase que nunca olvidó: “Usted es una persona intratable. Sufra las consecuencias”<sup>65</sup>.

El año 1930 fue sin duda relevante en la trayectoria vital y profesional de Chacel: tuvo a su primer y único hijo, Carlos; Ramón Gómez de la Serna publicó su primera novela, *Estación. Ida y vuelta*; y Ortega le encargó la biografía de Teresa Mancha, la amante de Espronceda, para incluirla en la colección “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX”, impulsada por el propio Ortega y publicada en Espasa-Calpe. Por aquel entonces el género de la biografía estaba en auge y Ortega compartía la opinión general de que la biografía era el camino a seguir por la prosa literaria, así que propuso a unos cuantos de sus discípulos otros tantos nombres de personajes biografiados y aquellos acometieron la tarea de revitalizar el género<sup>66</sup>: “Ortega señaló con el dedo y dijo: éste, éste, éste, éste... Nosotros obedecemos; la responsabilidad de la elección era de Ortega y nos pusimos a estudiar los modelos dados. En seguida vimos que valían la pena”<sup>67</sup>.

Chacel consiguió terminar el primer capítulo de la biografía –compaginando la escritura con su nuevo papel de madre– para que Ortega pudiera incluirlo en un número de la revista dedicado al Romanticismo, pero una vez entregado este primer capítulo, la escritura se fue ralentizando quedando sin concluir hasta principios del año 1936. Dada la situación política del país, la novela no pudo ser publicada en la colección de Ortega, aunque saldría a la luz años más tarde, en 1941, en la capital argentina. En cualquier caso, el resultado final no fue del agrado de Ortega por falta de datos biográficos y, probablemente, porque Chacel muestra una Teresa que no era objeto del amor de Espronceda, sino un sujeto que se rebela contra el patriarcado<sup>68</sup>.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>65</sup> *Ibidem*.

<sup>66</sup> Para ampliar el impulso que tuvo el género de la biografía a principios del siglo XX véase el apartado “Teresa” de la tesis doctoral de Ana RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, *La obra novelística de Rosa Chacel* (Universidad de Barcelona, 1986).

<sup>67</sup> ROSA CHACEL, “Cómo y por qué de la novela”, *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar, 1989, p. 175.

<sup>68</sup> Shirley MANGINI, “El papel de la mujer intelectual según Margarita Nelken y Rosa Chacel”, en Pilar NIEVA DE LA PAZ, *Roles de género y cambio social en la literatura española del siglo XX*. Ámsterdam: Rodopi, 2009, p. 168.

Tras la Guerra Civil, la escritora nunca volvió a tratar directamente con el maestro y, aunque María Zambrano le hizo saber en una carta que Ortega le había encargado decirle que pensaba telefonarla, nunca llegó a hacerlo. Chacel concluye el artículo diciendo que su trato con Ortega fue, al fin y al cabo, extravagante: Yo no era una discípula en la Facultad, yo no era una dama exquisita galanteable: yo era un alma ibérica que le encoraba, pero que entendía y situaba en el renglón de la confianza intelectual<sup>69</sup>.

Asimismo, Chacel dedicó algunos escritos a argumentar la equivocación de Ortega y sus colaboradores de la revista con respecto al tema de la mujer. En palabras de Mangini:

Rosa se lanzó a deconstruir el mensaje de los hombres –de la necesidad de la mujer de ser femenina– y subvertirlo [...] Poco a poco empezó a formular sus ideas sobre el papel restrictivo de la mujer, su dificultad para profesionalizarse y el problema de género sexual. No era un feminismo ortodoxo lo que construyó a través de los años; era más bien un feminismo muy particular, muy contradictorio y sumamente combativo, considerando el activismo de aquellos años<sup>70</sup>.

Ya en sus inicios como colaboradora de la revista había empezado Chacel a contradecir los argumentos de Simmel y Jung en “Esquema de los problemas prácticos del amor”<sup>71</sup>, pero la culminación de sus teorías sobre la mujer llegaría con *Saturnal*, escrito en Nueva York gracias a una beca Guggenheim para redactar un ensayo filosófico en 1959. Tres aspectos marcan la diferencia entre el primer ensayo y el segundo: su madurez intelectual, la libertad de escribir sin la “censura” de Ortega para poder publicar en la revista y, por último, la extensión, ya que *Saturnal* superaría las 300 páginas. Además, si en “Esquema de los problemas prácticos del amor” Chacel no se había atrevido a mencionar directamente a Ortega, en *Saturnal* lo hace repetidamente defendiendo que la inferioridad social de la mujer no es en absoluto *esencial* o biológica, sino que viene causada por las imposiciones del patriarcado. No analizaremos aquí toda la teoría chaceliana en torno al género, ya que ésta no se limitó a oponerse taxativamente a todo aquello que fuera en contra de la mujer, sino que intentó

<sup>69</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 94.

<sup>70</sup> Shirley MANGINI, “El papel de la mujer intelectual según Margarita Nelken y Rosa Chacel”, ob. cit., p. 167.

<sup>71</sup> Rosa CHACEL, “Esquema de los problemas prácticos del amor”, *Revista de Occidente*, XXXI, 92 (1993), pp. 192-180. Sobre el tema de la mujer se había pronunciado incluso antes, en 1920, en una conferencia en el Ateneo de Madrid. La conferencia fue titulada “La mujer y sus posibilidades”, pero, desgraciadamente, el texto no se conserva ni en el archivo personal de Rosa Chacel ni en el Ateneo. Shirley MANGINI, *Las Modernas de Madrid: las grandes intelectuales de la vanguardia española*, ob. cit., p. 152.

eliminar la barrera existente entre lo femenino y lo masculino en favor de un espíritu en cierto modo andrógino. Así, a diferencia de otras feministas como Simone de Beauvoir o Virginia Woolf, a las que se opone en *Saturnal*, excluye a toda aquella mujer que no tuviera aspiraciones intelectuales. Ella misma lo aclara en la entrevista de Mangini:

Pues, si te parece que soy machista, puede que lo sea. Todo lo veo así –quiero decir, lo hecho, lo puesto sobre la naturaleza como cosa de hombres– y me parece muy bien. Las mujeres que no quieren ingresar en eso –la escuela, lo que está bien– están fritas, para mí son inexistentes. La cultura está hecha por los hombres y las que quieren entrar, que entren. Pero si prefieren formar grupo aparte, serán consideradas según una norma adecuada a su particularidad<sup>72</sup>.

Por otro lado, es interesante comentar brevemente el análisis que Mangini hace de *Memorias de Leticia Valle*<sup>73</sup>, ya que asocia a Leticia con la niña que fue Chacel –según se muestra ella misma en *Desde el amanecer*– y al personaje Daniel, maestro de Leticia en la novela, con Ortega, considerando que con el suicido del maestro Chacel se está vengando de Ortega y su creencia en la inferioridad mental de la mujer: “Chacel «noveliza» de modo alegórico su pleito con Ortega en *Memorias de Leticia Valle*”<sup>74</sup>.

### 5.5. María Zambrano: discípula de Ortega “siempre”

María Zambrano (Vélez-Málaga, 1904 – Madrid, 1991) también nació en un ambiente que permitió que su destino se bifurcara del camino a seguir por la inmensa mayoría de mujeres de su época. Su padre, filósofo y pedagogo, fue, como ella misma indica en la dedicatoria de *Hacia un saber sobre el alma* “quien la enseñó a mirar”. La familia Zambrano Alarcón se trasladó del pueblo malagueño a Segovia, con un breve inciso de un año en Madrid. Allí pasó su adolescencia, cursó el bachillerato y conoció a un amigo de su padre que influiría notablemente en el carácter de la que sería filósofa, Antonio Machado. La primera toma de contacto de Zambrano y Ortega fue indirecta<sup>75</sup>, cuando Zambrano era aún una niña y se encontró las *Meditaciones del Quijote* orteguianas en la

<sup>72</sup> Shirley MANGINI, “Entrevista a Rosa Chacel”, ob. cit., p. 10.

<sup>73</sup> Para consultar el análisis de Mangini completo váyase al capítulo “Rosa Chacel: el feminismo de una anti-feminista”, en María Pilar CELMA (ed.), *Con voz propia: la mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX*. Burgos: Fundación Instituto Castellano Leonés de la lengua, 2006, pp. 165-178.

<sup>74</sup> Shirley MANGINI, “El papel de la mujer intelectual según Margarita Nelken y Rosa Chacel”, ob. cit., p. 170.

<sup>75</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, ob. cit., p. 33.

mesita de trabajo de su padre. Ella misma relata ese primer encuentro y cómo el título de la obra la hizo pensar que se trataba de meditaciones del mismo don Quijote, no sobre él:

Y ahora caigo en la cuenta de la verdad escondida en aquel mi error de niña cuando [al ver] ese libro sobre la mesa de trabajo de mi padre, pensé que eran meditaciones no sobre el Quijote, sino del mismo Don Quijote que se había echado a pensar<sup>76</sup>.

El comienzo de los estudios de Zambrano es bastante confuso, ya que encontramos diversas opiniones que se solapan. Mangini afirma que inició sus estudios en la Universidad Central de Madrid y que se alojaba en la Residencia de Señoritas durante sus estancias en la capital<sup>77</sup>, pero Ricardo Tejada considera que fue en la Universidad Popular de Salamanca, donde escuchó a Unamuno y a Machado –no a Ortega<sup>78</sup>. Según la versión de Mangini, Zambrano asistió a clases de Ortega desde el principio de sus estudios en las breves estancias madrileñas que fue llevando a cabo ente 1921 y 1926. A partir de este año, Zambrano se aproximaría mucho más a su maestro debido a la realización de su tesis doctoral sobre Spinoza, dirigida por el propio Ortega<sup>79</sup>. De la versión de Tejada, no obstante, se presupone que Zambrano no escucharía directamente a Ortega hasta 1926, cuando se trasladó a la capital para continuar sus estudios como alumna oficial. También nos cuenta Tejada que el vínculo entre ambos filósofos “pudo provenir de José Díaz Fernández, novelista y ensayista asturiano, que había trabajado para el periódico orteguiano *El Sol* desde un año antes, al que conoció en Madrid cuando ella vivía todavía en Segovia, que fue quien la introdujo en el mundillo intelectual madrileño”<sup>80</sup>.

En cualquier caso, la malagueña inició una relación discípula/maestro y una admiración recíproca que, directa o indirectamente, duraría toda la vida<sup>81</sup>.

<sup>76</sup> María ZAMBRANO, “Ortega y Gasset, filósofo español”, en *Escritos sobre Ortega*. Madrid: Trotta, 2011, p. 96.

<sup>77</sup> Shirley MANGINI, *Las Modernas de Madrid: las grandes intelectuales de la vanguardia española*, ob. cit., p. 135.

<sup>78</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, ob. cit., p. 33.

<sup>79</sup> Las fechas tampoco parecen estar muy claras, ya que, como apunta Mangini, Zambrano nunca fue dada a especificarlas. La fecha de 1926 fue propuesta por Janet Pérez en el capítulo “Context and Unity in the Thought of María Zambrano”, en Kathleen M. GLENN y Mercedes MAZQUIARÁN DE RODRÍGUEZ (eds.), *Spanish Women Writers and the Essay: Gender, Politics and the Self*. Columbia: University of Missouri Press, 1998, p.149.

<sup>80</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, ob. cit., p. 34.

<sup>81</sup> Sobre la recepción de Ortega en los primeros escritos de la filósofa véase Juana SÁNCHEZ-GEY, “La recepción de José Ortega y Gasset en los primeros escritos de María Zambrano”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 27 (2013), pp. 146-163.

Ortega la invitó a participar en las tertulias de *Revista de Occidente* y a colaborar con algunos artículos en dicha. En enero de 1933, por ejemplo, publicó en el número 115 de la revista, “Lou Andreas Salomé: Nietzsche”, pequeña disertación en la que la filósofa se muestra crítica con el comentario que Lou Andreas Salomé hizo de la misoginia de Nietzsche, alegando que ésta era producto de su tiempo. Asimismo, Zambrano acompañaba habitualmente a Ortega en sus excursiones con los estudiantes por los alrededores de Madrid, como nos cuenta en “Una voz que sale del silencio” (1940)<sup>82</sup>.

En *Delirio y destino*, la autora nos habla en tercera persona de esos primeros años en el mundo intelectual madrileño:

En realidad, había cobrado distancia respecto a la cosa pública, había entrado a formar parte de “la atmósfera”, de ese cuerpo difuso; no tenía ningún papel determinado, ninguna función que ejercer, formaba parte, como tantos otros, del alma y de la conciencia de la historia de aquella hora. No sólo para ella había tenido lugar este “cambio”, pues al ir haciéndose orgánica la lucha, muchos de los que hasta entonces se podían considerar participantes activos entraban a formar parte de esa atmósfera que todo ente vital necesita, sea lo mismo un ser que una razón vital en vías de realizarse<sup>83</sup>.

Zambrano siempre había tenido una salud delicada y en 1929 sufrió una recaída especialmente grave en la que le diagnosticaron tuberculosis. A pesar de ello, se consiguió recuperar y a partir de 1930 su actividad intelectual y profesional fue constante. Ejerció como profesora en la Universidad de Madrid, el Instituto Escuela y la Residencia de Señoritas y, además, gracias a Ortega y a la presencia ya consolidada de la autora en *Revista de Occidente*, Zambrano se fue haciendo hueco en otras revistas –como son *Los Cuatro Vientos* o *Cruz y Raya*– y fue conociendo a otros jóvenes del momento, entre ellos Rosa Chacel<sup>84</sup>.

Una vez estabilizada en el mundo intelectual, la relación entre Ortega y Zambrano se mantuvo firme hasta la partida de la filósofa al exilio. Podemos, no obstante, destacar algunos momentos concretos en que la relación entre ellos fue más próxima o candente gracias a las cartas y los textos que la discípula envió o dedicó al maestro. Uno de esos momentos llegó en 1930 con la publicación de su primera obra, *Horizonte del liberalismo*, ya que en el periódico *El Socialista* se vertió una opinión en la que se decía que el libro era “anti-orteguiano”.

---

<sup>82</sup> María ZAMBRANO, “Una voz que sale del silencio”, en *Escritos sobre Ortega* (edición, introducción y notas de Ricardo Tejada Mínguez). Madrid: Trotta, 2011, pp. 74-80.

<sup>83</sup> María ZAMBRANO, *Delirio y destino: los veinte años de una española*. Madrid: Centro de estudios Ramón Areces, 1998 (1ª edición de 1989), p. 196.

<sup>84</sup> Shirley MANGINI, *Las Modernas de Madrid: las grandes intelectuales de la vanguardia española*, ob. cit., p. 139.

Zambrano no se pudo sentir más abrumada ante tal afirmación y envió una carta a su maestro desmintiéndola y subrayando su sentimiento de discípula suya:

Dice que me he colocado frente a usted, porque he publicado un folleto donde intento dibujar el panorama político actual, es decir, donde no hago política –en un sentido directo– sino mirar hacia ella, (cosa que, por lo demás, me sea lo único posible). Y da la coincidencia de ser ésta cosa que usted ha ejercitado entre sus múltiples tareas (...) Por otra parte, usted tiene pruebas de que cuando –con motivo, o sin él– no he comprendido bien algún punto de su actuación, con toda mi lealtad y con toda responsabilidad me he dirigido a usted mismo. Mi sentimiento de discípula suya no me permitía otra cosa, no me permitía dirigirme a alguien que no fuera usted mismo<sup>85</sup>.

Por otro lado, Tejada data en 1934 la anécdota que María Zambrano cuenta en “Un frustrado pliego de cordel de Ortega y Gasset”<sup>86</sup>. En el texto Zambrano cuenta que Ortega le comunicó a un grupo reducido de jóvenes, en el que ella se encontraba, que pretendía publicar un artículo en un pliego de cordel sin previo aviso, para que de este modo cualquier ciudadano madrileño se encontrara el artículo en su quiosco en un medio que le resultara familiar. Desgraciadamente, alguien que Zambrano no detalla difundió el secreto y Ortega anuló el proyecto. Zambrano, angustiada por si Ortega desconfiaba de su silencio, relata que actuó de la siguiente manera: “fui a ver a don José inmediatamente para comunicarle que ya se sabía y que, claro, no era ni siquiera necesario el enunciar que no había sido por ninguno de nosotros, de tal manera yo me sentía segura del silencio de aquellas dos personas que conmigo recibieron la carga de un tal secreto”<sup>87</sup>.

Otro momento de tensión llegó en noviembre del mismo año 1934 con la presentación a Ortega del que iba a ser su primer ensayo filosófico, *Hacia un saber sobre el alma*, en el que Zambrano vivió un episodio similar al de Rosa Chacel en su primer encuentro con Ortega. Zambrano, como Chacel, consideraba que su ensayo era un vivo producto de la razón vital, pero Ortega lo descalificó con las siguientes palabras: “Estamos todavía aquí y usted ha querido dar el salto al más allá”<sup>88</sup>. Pero este no fue el único desencanto de la filósofa con

<sup>85</sup> María ZAMBRANO, “Tres cartas a Ortega”, en *Escritos sobre Ortega* (edición, introducción y notas de Ricardo Tejada Mínguez). Madrid: Trotta, 2011, p. 215.

<sup>86</sup> María Zambrano no deja claro en el texto si fue 1934 o 1935 el año en que ocurrió la anécdota. María ZAMBRANO, “Un frustrado pliego de cordel de Ortega y Gasset”, en *Escritos sobre Ortega* (edición, introducción y notas de Ricardo Tejada Mínguez). Madrid: Trotta, 2011, pp. 169-170.

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 174.

<sup>88</sup> Mercedes GÓMEZ BLESÁ, *Modernas y vanguardistas. Mujer y democracia en la II República*. Madrid: Laberinto, 2010, p. 158.

su maestro. El siguiente y, si cabe, el más trascendental, fue de índole ideológica. Zambrano y Ortega divergieron en sus respectivas ideologías políticas desde un principio, pero a la alumna le costó reconocer que su maestro no era fiel a los mismos presupuestos que ella. Estas circunstancias conllevarían que Zambrano se sintiera “humanista” frente al pueblo, mientras que la actitud de Ortega sería más bien paternalista. A Zambrano nunca le abandonaría esa sensibilidad hacia lo que ella llama en sus escritos “pueblo” —en detrimento del término “masa” usado por Ortega— y su fervor se haría más plausible con el advenimiento de la Segunda República y el estallido de la Guerra Civil. En *Delirio y destino*, Zambrano ya cuenta cómo la sorprendía la pasividad de Ortega ante la dictadura de Primo de Rivera: “José Ortega y Gasset, por el contrario, había permanecido en su puesto sin dar grandes señales hasta el momento de inquietud ante el fenómeno de la dictadura, como quien está absorbido en su tarea”<sup>89</sup>.

Aunque la alumna aún no duda de su maestro por estas fechas, ya que en las líneas que siguen a las que acabamos de citar, excusa esa falta de inquietud:

Su pensamiento llegaba a la madurez y había publicado, en el 27, *La rebelión de las masas*, primeramente en folletones en el periódico *El Sol*, de quien era inspirador, y donde colaboraba asiduamente. Era una alegría, un regalo para sus lectores, el ver aparecer sus folletones, su firma bajo una columna. Leerle daba ganas de vivir<sup>90</sup>.

No obstante, tras el fallido golpe de estado del bando sublevado, la fe en las convicciones políticas de su maestro comenzó a menguar, aunque no llegaría a su declive hasta bien entrada la dictadura franquista, con Zambrano en el exilio y Ortega de vuelta en España. Ya en 1930, en una carta de Zambrano del 11 de febrero, ésta reacciona ante un artículo de Ortega publicado en *El Sol*, “Organización de la decencia nacional”<sup>91</sup>, en el que el filósofo no se mostraba excesivamente entusiasta con la República ni tampoco claramente en contra de la Monarquía, y le insta a posicionarse en favor de los republicanos y a implicarse directamente en las “circunstancias” de su tiempo:

De usted que es una de las pocas conciencias históricas de esta “invertibrada España”, me duele en lo más profundo su tangencia en este momento. Y no deja de ser sintomático que el artículo en cuestión no esté a su habitual altura: hasta el punto de que nunca se le habría adjudicado, de no ir con firma.

<sup>89</sup> María ZAMBRANO, *Delirio y destino: los veinte años de una española*, ob. cit., p. 95.

<sup>90</sup> *Idem*.

<sup>91</sup> “Organización de la decencia nacional”, IV, 755-759.

Debe y puede hacer más, señor Ortega y Gasset; su misión con España está más allá<sup>92</sup>.

Como afirma Tejada, este fue el primer gran desacuerdo entre Ortega y Zambrano, ya que mientras “el primero le está dando vueltas a su idea de un «partido nacional» superador de las izquierdas y las derechas, de un neocorporativismo articulado en torno a la preeminencia del trabajo y a un fuerte presidencialismo. La segunda está plenamente instalada en la ola revolucionaria y republicana impulsada por el pacto de San Sebastián desde verano del mismo año”<sup>93</sup>. A pesar de las diferencias, María Zambrano intentará conciliar su ideología política con su devoción por el maestro. Muestra de ello es la última carta que le envía en mayo de 1932, en la que se muestra angustiada con la situación del país y confiada en la labor de Ortega como “faro rector para una juventud que ella encuentra en ese momento desorientada, sin «fe», en plena «desbandada»”<sup>94</sup>.

Parece ser que hubo un último encuentro entre Ortega y Zambrano en plena Guerra Civil, aunque no se ha podido afirmar con rotundidad. Miguel y Soledad Ortega<sup>95</sup> cuentan que, cuando Ortega se encontraba “en la cama, con fiebre”<sup>96</sup> protegido de los milicianos en la Residencia de Estudiantes, un grupo de “extremistas” se dirigió a él para que firmara un “manifiesto redactado por los «escritores anti-fascistas». En aquel grupo se atacaba a grupos y gentes”. Ortega se negó, pero aparecieron “unos profesores amigos, de una generación más joven que la de mis padres” que propusieron como alternativa la redacción de un manifiesto más moderado que Ortega aceptó firmar. Zambrano firmó el primer manifiesto más combativo, pero no sabemos con certeza si se encontraba en el primer grupo de jóvenes combativos o más bien en el segundo grupo de “profesores amigos”. Javier Zamora afirma en su biografía de Ortega que pertenecía al primer grupo, pero Tejada cree más probable la segunda hipótesis por el testimonio de Pedro Caravia Hevia, amigo de Zambrano, y por el de José Bergamín<sup>97</sup>. En cualquier caso, en una carta a Rosa Chacel del 26 de junio de 1938, María Zambrano que deja entrever cierto desencanto:

<sup>92</sup> María ZAMBRANO, “Tres cartas a Ortega”, ob. cit., p. 213.

<sup>93</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, ob. cit., pp. 36-37.

<sup>94</sup> *Ibidem*.

<sup>95</sup> Dos de los hijos de Ortega cuentan versiones un tanto distintas del suceso, según Tejada, quien en la introducción del compendio *Escritos sobre Ortega* cita las palabras del hijo varón en *Ortega y Gasset, mi padre* (Barcelona: Planeta, 1983: 131-132) y las de la hija en *José Ortega y Gasset. Imágenes de una vida. 1885-1955. Precedido de un relato de Soledad Ortega*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia; Fundación Ortega y Gasset, 1983, pp. 46-48.

<sup>96</sup> Las palabras y frases entre comillas son la transcripción de lo escrito por Miguel Ortega, citado por Ricardo Tejada, “introducción”, ob. cit., p. 42.

<sup>97</sup> *Ibidem*, pp. 43-44.

Pues ya ves que mi actitud sigue siendo extremadamente dispar con la tuya, lo cual quiere decir que las *mismas razones en mí* son una cosa distinta que en ti, pues las he descubierto aquí, bajo estas bombas, sintiéndome *beligerante*, enemiga de Giménez Caballero al que considero un miserable traidor, al que jamás daría la mano. Enemiga hasta la muerte de todos los que han vendido a España, a quien jamás llamaré mía porque yo soy de ella, y ésta es la diferencia de amor. No dudo de tu amor a España, a la manera de Unamuno, que no es la mía. Pero sí que creo que en ti existe un extravío grande, como en Unamuno, como en Ortega, a quien he enviado una palabra, una sola, que no sé si entenderá, pues es muy clara. ¿Tú no le ves? ¿No os habéis peleado y reconciliado? Yo no podría ya con él, ni lo uno ni lo otro<sup>98</sup>.

La filósofa parte exiliada hacia México en enero de 1939 –pasando antes por Francia, Nueva York y La Habana– y es allí, instalada en su nuevo hogar en 1940, donde se da cuenta de la orientación política de Ortega o, como afirma Tejada, cuando “se quiere dar por enterada”<sup>99</sup>. Da fe de ello la carta a José María Chacón y Calvo, del 4 de marzo de 1940, en la que se disculpa por no poder dar las conferencias previstas sobre Ortega en La Habana porque se siente decepcionada con su maestro:

Los motivos de entonces era éstos: la angustia que para mí supone desde el punto de vista intelectual, la gran responsabilidad de exponer el pensamiento de quien ha sido mi maestro, sobre todo en la parte de su obra (la más importante filosóficamente) no publicada todavía. Sentimentalmente no lo era menos por el recuerdo y evocación de los años más decisivos de mi vida y de una España que creo desaparecida para siempre. Y ahora, una usted a esto el que ha llegado a mí la posición franquista de Ortega y ya es algo muy por encima de mis fuerzas hablar sobre él<sup>100</sup>.

También textos como “Los intelectuales en el drama español. Los que han callado: Ortega y Azorín” (1939-1940 aprox.), inédito hasta 2011 en la edición de Ricardo Tejada, y “Una voz que sale del silencio” (1940) muestran la incompreensión del posicionamiento de su maestro. A pesar del desencanto, no obstante, Zambrano dedicó siete artículos a la filosofía orteguiana en los años anteriores y posteriores a su muerte en 1955, por lo que, de algún modo y a pesar de las circunstancias políticas, se sentía todavía en deuda con el influjo que

<sup>98</sup> María ZAMBRANO, “María Zambrano”, en Ana Rodríguez-Fischer, *Cartas a Rosa Chacel*. Madrid: Cátedra, 1992, pp. 36-67.

<sup>99</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, ob. cit., pp. 47.

<sup>100</sup> María ZAMBRANO, “Carta a José María Chacón y Calvo”, en *Escritos sobre Ortega*. Madrid: Trotta, 2011, p. 220.

la filosofía del maestro había tenido sobre ella y sobre su país. De lo que no tenemos constancia es de que Ortega leyera a su alumna desde que ésta partió al exilio. Tejada presupone que Zambrano le envió unos libros dedicados debido a que éstos se encuentran en la Fundación Ortega y Gasset, pero no puede afirmar con seguridad que Ortega llegara a leerlos: “las dedicatorias muestran, en cualquier caso, un cierto distanciamiento de ella, envuelto en un debido respeto”<sup>101</sup>.

Como vemos, a lo largo de los años cuarenta y la primera mitad de los cincuenta, Zambrano marcó cierta distancia con su maestro, aunque, como hemos apuntado anteriormente, escribió numerosos artículos que abordaban la obra y la filosofía de Ortega<sup>102</sup>. A partir de su muerte, volvió a acercarse a su persona, tanto en sus escritos públicos como en los privados. En “Don José”, por ejemplo, el desgarró de la filósofa ante la muerte de su querido maestro no puede ser mayor:

Y esa especie de desierto que se extiende en el alma al saber que no podemos ya contarlo, contar a don José Ortega y Gasset, mi maestro, en el mundo de los vivos [...] [no] puede sacarme de este silencio en que la noticia de su muerte –escuchada al teléfono de un discípulo cubano a las dos horas de ocurrida– me ha hundido<sup>103</sup>.

También en una carta a Rosa Chacel, que le envía desde Roma el 1 de abril de 1956, se muestra afligida contándole a su amiga cómo ha vivido la muerte de Ortega:

No estoy para hablarte de la muerte de Ortega. No puedo. [...] Dice Mario que estaba muy hermoso, con mucha paz, las manos cruzadas, vestido de negro con una corbata preciosa y el nudo muy hecho y una sonrisa iniciada en los labios. Que era la imagen del sabio. Y su muerte me ha hecho ver que le amaba más aún de lo que creía, que le amaré siempre<sup>104</sup>.

<sup>101</sup> Ricardo TEJADA, “Introducción”, ob. cit., pp. 48.

<sup>102</sup> Estos artículos son “Una voz que sale del silencio”, en *Nuestra España* (La Habana), 8 (1940), pp. 35-44; “El problema de la filosofía española”, en *Las Españas* (México), 1948, pp. 3-13; “Ortega y Gasset, filósofo español”, en *Asomante* (San Juan de Puerto Rico), la primera parte en el volumen V, 1 (enero-marzo de 1949), pp. 5-17, y la segunda parte en el vol. V, 2 (abril-junio de 1949), pp. 81-109; “La filosofía de Ortega y Gasset”, en *Ciclón* (La Habana), II, 1 (enero de 1956), pp. 3-9; “Ortega y Gasset, filósofo y maestro”, en *El Nacional* (Caracas, 12 de enero de 1956), p. 6; “José Ortega y Gasset”, en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 1 (París, enero-febrero de 1956), pp. 7-12; “Unidad y sistema en la filosofía de Ortega y Gasset”, en *Sur* (Buenos Aires, julio-agosto de 1956), pp. 40-49.

<sup>103</sup> María ZAMBRANO, “Don José”, en *Escritos sobre Ortega*. Madrid: Trotta, 2011, p. 125.

<sup>104</sup> Ana RODRÍGUEZ-FISCHER, *Cartas a Rosa Chacel*, ob. cit., pp. 52-53.

Como vemos, a pesar del distanciamiento que se había producido entre la filósofa y Ortega, su muerte le hace ver que “lo amaba más aún de lo que creía”. En la misma carta a Rosa Chacel y justo a continuación de la cita anterior, Zambrano le explica que, aunque siempre estará en deuda con la filosofía de su maestro, se está alejando de ella en favor de un sistema filosófico propio: “Estoy hace tiempo alejándome de ciertos aspectos de su pensamiento, de la Razón Histórica, concretamente. Mi punto de partida es la [Razón] Vital, pero la he desenvuelto a mi modo. Eso no importa. Seré su discípula siempre”<sup>105</sup>.

#### 4. A modo de conclusión

Como hemos podido comprobar a lo largo de este estudio, la relación de Ortega y Gasset con la mujer intelectual como concepto, por un lado, y con las intelectuales modernas que conoció, por otro, fue compleja y en ocasiones contradictoria. Aunque en sus escritos Ortega se muestra bastante tajante respecto a la posición de la mujer en la sociedad, en ocasiones puntuales da pie a entender que una mujer intelectual es posible. El filósofo manifestó que la mujer debía limitarse a *estar* y permanecer en el ámbito privado para permitir al hombre *hacer* y construir lo público. Olmedo, en la “solución” publicada por Ortega que hemos mencionado anteriormente, afirma que “el hombre inteligente siente un poco de repugnancia por la mujer talentada”<sup>106</sup>. Nos preguntamos hasta qué punto esta repugnancia era realmente eso y no más bien miedo a encontrarse rodeado de mujeres que lo trataran como a un igual y miedo a que esas mujeres terminaran con el *status quo*. Sin duda, la idea de la virilización de la mujer como consecuencia del empleo y desarrollo de sus facultades mentales parecía inquietarle. En palabras de Osés Goraiz, “quizás en el fondo del pensamiento orteguiano late el miedo a una posible actuación esencial de ambos sexos a la vez, pues eso traería consigo una revolución en las formas de hacer y de vivir de los humanos, y ya sabemos que Ortega no era devoto de las revoluciones”<sup>107</sup>.

Con respecto a la relación de Ortega con sus contemporáneas, hemos podido comprobar que, a pesar de algunos desencuentros de diversa índole y de esa preferencia por las mujeres “no masculinas”, les ofreció su apoyo y las ayudó a penetrar en el campo intelectual de la España prebélica. Ellas, por su parte, siempre lo considerarían “el maestro”, especialmente en el caso de María

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 53.

<sup>106</sup> “La solución de Olmedo”, ob. cit., 206.

<sup>107</sup> Jesús MARÍA OSÉS GORAIZ, “La mujer. Ortega frente a Simone de Beauvoir”, en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental, Jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre la Mujer*, vol. 1. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1989, p. 56.

Zambrano. No obstante, debemos puntualizar que, generalmente, Ortega se comportó con ellas como todo un Don Juan, y esto no siempre era de su agrado. Rosa Chacel se quejaba explícitamente de la galantería del filósofo, ya que ella habría deseado que la tratara como a una igual: “Mi cólera no se apaciguó ni con los elogios que formuló sobre mi prosa, ni con su actitud encantadora, cortés, levemente galanteadora...”<sup>108</sup>.

Asimismo, cabe incidir de nuevo en el apoyo y admiración que Ortega profesó hacia otras intelectuales que no hemos abordado, como son María de Maeztu, con quien, después de darle clases, mantendría una relación que duraría toda la vida; Maruja Mallo, a quien organizó la única exposición que se llevó a cabo en los salones de *Revista de Occidente*; su traductora al alemán Helene Weyl; la Condesa de Yebes; y su querida Victoria Ocampo. Además, como principal promotor cultural que fue, Ortega apoyó también las actividades del Lyceum Club Femenino –posiblemente gracias a su buena relación con Maeztu– marcando, en esta ocasión, la diferencia entre él y las voces que se alzaron para criticar “el problema feminista”: Rafael Alberti aprovechó una conferencia en el Lyceum para burlarse de sus colegas mujeres y Jacinto Benavente rechazó una invitación al mismo por no tener tiempo para “dar conferencias a tontas y a locas”<sup>109</sup>.

La España en la que nació Ortega difícilmente concebía una mujer fuera del hogar, por lo que a él también le costó aceptar que pudiera haber “mujeres masculinas”, tal y como las clasifica en sus *Estudios sobre el amor*. De sus textos se deduce que la mujer como género tenía que limitarse a lo privado y dejar al hombre el espacio público, pero al mismo tiempo conoció mujeres, con nombre y apellidos, que le demostraron que podían desenvolverse en lo público igual o mejor que muchos hombres. ●

*Fecha de recepción: 13/05/2019*  
*Fecha de aceptación: 16/07/2019*

<sup>108</sup> Rosa CHACEL, “Ortega”, ob. cit., p. 80.

<sup>109</sup> Anna CABALLÉ, *Breve historia de la misoginia*. Barcelona: Lumen, 2006, p. 412.

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEGUE AGUETE, P. (1992): "La concepción orteguiana de las mujeres", en *Ortega y la fenomenología: Actas de la I Semana Española de la Fenomenología*. Madrid: UNED.
- BORDONS, T.; KIRKPATRICK, S. (1992): "Chacel's Teresa and Ortega's Canon", en *Anales de la literatura española contemporánea*, nº 17, pp. 283-299.
- CABALLÉ, A. (ed.) (2006): *Breve historia de la misoginia*. Barcelona: Lumen.
- CAMPOMAR, M. (2010): "Soledad Ortega y Victoria Ocampo. Una amistad heredada", *Revista de Occidente*, nº 348, mayo, pp. 5-30.
- (2001): "Victoria Ocampo en la cultura del amor de Ortega y Gasset", *Revista de Estudios Ortegaianos*, nº 3, pp. 209-290.
- CASTILLO, M. (2001): *Las convidadas de papel: mujer, memoria y literatura en la España de los años veinte*. Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá de Henares; Centro Asesor de la Mujer.
- (2003): "De corzas, climas, vegetales y otras feminidades. Ortega y Gasset y la idea de feminidad en los años veinte", *España Contemporánea*, tomo XVI, nº 1, primavera, pp. 39-45.
- (2016): "Extravagante, luminosa y brutal. Rosa Chacel, discípula de Ortega", *Revista de Estudios Ortegaianos*, nº 33, pp. 199-206.
- CEREZO, P. (2004): "Los maestros de María Zambrano: Unamuno, Ortega y Zubiri", en *María Zambrano, 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; Fundación María Zambrano, pp. 189-208.
- CHACEL, R. (1930): *Estación. Ida y vuelta*. Madrid: Ulises.
- (1938): "Ortega", *Revista de Occidente*, nº 24-25, pp. 77-94.
- (1941): *Teresa*. Buenos Aires: Editorial Sudamérica.
- (1972): *Saturnal*. Barcelona: Seix Barral.
- (1972): *Desde el amanecer*. Madrid: Debate.
- (1980; 1ª edición de 1945): *Memorias de Leticia Valle*. Barcelona: Lumen.
- (1989): "Cómo y por qué de la novela", *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar, pp. 173-190.
- (1989): "Ortega a otra distancia", en *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar, pp. 146-155.
- (1989): "Poesía de la circunstancia", en *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar, pp. 18-36.
- (1989): "Revisión de un largo camino", en *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar, pp. 156-172.
- (1993): "Esquema de los problemas prácticos del amor", *Revista de Occidente*, XXXI, nº 92, pp. 192-180.
- DOLDAN, P.; GARCÍA, B.; SUÁREZ, L. (1981): *La mujer en el pensamiento filosófico de Don José Ortega y Gasset*. Obra inédita depositada en el Archivo de la Fundación Ortega-Marañón de Madrid.
- DONAHUE, D. (1985): "Mujer y hombre en Ortega", en *Ortega y Gasset Centennial. Centenario Ortega y Gasset*. Madrid: Ediciones José Parrúa Turanzas, pp. 133-138.
- DURÁN, M. Á. (1996): "Ortega como pretexto", en *Mujeres y hombres en la formación de la Teoría Sociológica*. Madrid: CIS, pp. 207-232.
- (2000): "La difícil relación con los padres fundadores", en *Si Aristóteles levantara la cabeza*. Madrid: Cátedra, pp. 291-324.
- EZCURRA, M. P. (1993): "Ortega y las mujeres", *Eurídice*, nº 3, pp. 133-154.
- FERRARI, E. (2009): "Rasgos de la mujer en la estética de Ortega y Gasset", en M. P. CELMA; M. RODRÍGUEZ (coord.), *Vivir al margen: mujer, poder e institución literaria*. León: Instituto Castellano y Leonés de la lengua, pp. 475-468.
- GÓMEZ BLESÁ, M. (2010): *Modernas y vanguardistas. Mujer y democracia en la II República*. Madrid: Laberinto.
- GUY, A. (1984): "La femme selon Ortega y Gasset", en *La femme dans la pensée espagnole*. Paris: Éditions du CNRS, pp. 97-113.
- GUZMÁN, F. (1984): "La mujer en la mirada de Ortega y Gasset", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 403-405, pp. 179-189.
- KIRKPATRICK, S. (2003): "Rosa Chacel: Las vanguardias y la crítica de la identidad de género", en *Mujer, modernismo y vanguardia*. Madrid: Cátedra.
- LAURENZI, E. (2012): "Desenmascarar la complementariedad de los sexos. María Zambrano y Rosa Chacel frente al debate en la *Revista de Occidente*", *Aurora: papeles del seminario de María Zambrano*, nº 13, pp. 18-29.
- (2004): "El saber del alma (María Zambrano y José Ortega y Gasset)", en *María Zambrano, 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; Fundación María Zambrano, pp. 531-549.

- (1995): *Nacer por sí misma*. Madrid: Horas y horas.
- LÓPEZ, E. (1972): *La Revista de Occidente y la formación de minorías*. Madrid: Taurus, 1972.
- LÓPEZ COBO, A. (2016): *Estética y prosa del arte nuevo*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 198-130.
- MAILLARD, M. L. (2004): "Ortega y Zambrano, la deuda de un magisterio «que nada tiene de nostálgica memoria»", *Revista de Estudios Orteguianos*, nº 8/9, pp. 250-259.
- MANGINI, S. (2009): "El papel de la mujer intelectual según Margarita Nelken y Rosa Chacel", en P. NIEVA DE LA PAZ, *Roles de género y cambio social en la literatura española del siglo XX*. Amsterdam: Rodopi, pp. 171-186.
- (1987): "Entrevista a Rosa Chacel", *Ínsula*, nº 492, pp. 10-11.
- (2001): *Las Modernas de Madrid: las grandes intelectuales de la vanguardia española*. Barcelona: Península.
- (2006): "Rosa Chacel: el feminismo de una anti-feminista", en M.P. CELMA, *Con voz propia: la mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX*. Burgos: Fundación Instituto Castellano Leonés de la lengua, 2006, pp. 165-178.
- MARIAS, J. (1991): "La interpretación de la mujer en la obra de Ortega", en *Acerca de Ortega*. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 255-270.
- MOLINUEVO, J. L. (1997): "Ortega y María Zambrano: un proyecto de convivencia nacional", en T. ROCHA, *María Zambrano: la razón poética o la filosofía*. Madrid: Tecnos, pp. 51-85.
- MORA, M. (1987): "La mujer y las mujeres en la *Revista de Occidente*", *Revista de Occidente*, nº 74-75, pp. 191-209.
- NAVAS, M. I. (2011): "Sobre equívocos, utopías y corzas: la hermenéutica en Ortega y Gasset", *Ámbitos. Revista de estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, nº 25, pp. 57-72.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004-2010): *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- OSÉS, J. M. (1989): "La mujer. Ortega frente a Simone de Beauvoir", en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental. Jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre la Mujer*, vol. 1. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 43-64.
- PEREDA, C. (2006): "Fieles en la ruptura. Discípulos en el exilio: Zambrano y Gaos", en J. LASAGA, *El Madrid de Ortega y Gasset. Residencia de Estudiantes*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- PÉREZ-VENTURA, C. (1996): "La mujer y su feminidad bajo la mirada de José Ortega y Gasset", *IV Congreso de Postgraduados en Estudios Hispánicos*. Londres: Consejería de Educación y Ciencia; Embajada de España, pp. 129-146.
- RODRÍGUEZ, A. (1994): "El maestro", en *Semblanza de Ortega*. Barcelona: Anthropos; Ciudad Real: Diputación de Ciudad Real-Área de Cultura.
- RODRÍGUEZ-FISCHER, A. (1992): *Cartas a Rosa Chacel*. Madrid: Cátedra.
- SÁNCHEZ-GEY, J. (2013): "La recepción de José Ortega y Gasset en los primeros escritos de María Zambrano", *Revista de Estudios Orteguianos*, nº 27, pp. 145-163.
- SCANLON, G. (1976): *La polémica feminista en España (1868-1974)*. Madrid: Siglo XXI de España.
- SEQUEROS, A. (1983): *Teoría de la mujer en la obra de Ortega y Gasset*. Orihuela: Talleres Litográficos Zeron.
- SIMMEL, G. (1925): "Cultura femenina", *Revista de Occidente*, VII, pp. 272-300; VIII, pp. 170-199.
- SINCLAIR, A. (2009): "Construir lo esencial: Rosa Chacel y el discurso de lo femenino en la esfera pública", en *Mujer, literatura y esfera pública: España 1900-1940*. Philadelphia: Society of Spanish and Spanish-American Studies, pp. 33-46.
- ZAMBRANO, María (1998 [1ª edición de 1989]): *Delirio y destino: los veinte años de una española*. Madrid: Centro de estudios Ramón Areces.
- (2011): *Escritos sobre Ortega*. Madrid: Trotta.
- ZUBIRI, Xavier (1981): "Ortega, un maestro", *Anthropos*, nº 70-71, pp. 179-281.